

CAPÍTULO XIII.

EL BAILE.

Profético estuvo el baroncito al anunciar su desprestigio, y no ménos lo estuviera si junto con él vaticinara que debía llegar su adversario al colmo de la celebridad.

Ya habian hablado del lance los periódicos, aunque sin decir quiénes fuesen los contendientes; era preciso, pues, que con la misma reserva hablasen de su resultado, y así lo hicieron aquella misma tarde, en términos tales, que la conducta de Velasco admiró á los hombres y entusiasmó á las mujeres, y como es consiguiente, todo lo que uno ganó en la opinion pública, perdiólo el otro, á quien la noble conducta del primero ponía más en descubierto la negra

mezquindad de su alma. A pesar del misterio con que los periódicos velaban el hecho, no faltó quien levantara la punta de ese velo, pues Luis contaba con muchos amigos, todos pertenecientes á su escuela, que no la habian de saber para callarla, y más cosa que fuese en descrédito de otro, á los que acabaron por hacer propalar la noticia hasta el secreto tocador de las damas, que, encerradas en él, preparaban los adornos y estudiaban los atractivos con que creian eclipsarse unas á otras aquella noche en el baile de los barones del Monte.

Sabíase ya que el objeto de aquel era participar á sus amigos el enlace de la duquesa de Clarendon y de Lola de Peñarrosa, y este último era el lado amargo que privaba á las bellas de saborear de antemano todos los encantos de la fiesta; por lo que en verdad, ¿qué valia Lola, artísticamente comparada con muchas de ellas, para merecer al conde del Redil, una de las primeras figuras de la corte? Mas como todo tiene su compensacion, desarrugábase

las el ceño que tal idea les hiciera poner la de conocer al jóven Enrique de Velasco, al insigne escritor, que, según se decía, iba á ser presentado aquella noche en el gran mundo, apadrinado por el conde del Redil á ruego de la duquesa de Clarendon, lo que habia dado lugar al lance con el baroneito, pues no podia ser para éste plato de gusto ver que su futura se interesaba, por un hombre que debia considerar temible, porque ademas de su mérito personal, era la más encumbrada celebridad del dia; y en su arrebatada imaginacion forjábanselo las hermosas un sér extraordinario, un semi-dios, que con solo su pluma habia conmovido al mundo literario, abrasando la llama de su genio todos los escollos que á su paso se oponian para deslumbrar con su brillo á la admirada humanidad.

Enrique de Velasco era en aquel momento el foco de luz que atraía todas las miradas femeninas, el astro luminoso cuya salida esperaban para, cual otras flores, desplegar su galanura al brillo de sus rayos.

No habia una hermosa que en el secreto interior de su gabinete no se preguntara á sí misma:

— ¿Conseguiré atraerme sus miradas?

A esto seguía una al espejo, acompañada de otra sonrisa que decía:

— ¡Quién sabe! . . .

Con los ánimos así dispuestos recibieron las aristócratas damas los pormenores del duelo, y ésta fué la última pincelada que sublimizó la figura de Velasco á los ojos de la bella mitad del género humano, entusiasta por todo lo grande y extraordinario; y como los periódicos no entraban en pormenores, el respeto que al nombre de Peñarrosa, segundo apellido de su amada, detuvo el brazo del gran escritor, calificó cada una á su manera, á cual más favorable al insigne ingenio que todas ansiaban conocer con más ó ménos vehemencia, si bien con idénticas miras.

Solo Adriana, verdadera conocedora del suceso, vertió lagrimas de entusiasmo ante el proceder de su adorado Enrique, y do-

lor al saber que estaba herido. Sin embargo, como se lo participaba él con carta escrita de su puño, creyó la herida más leve de lo que realmente era; y si bien encargó á su amiga Isabel y mandó á su nodriza para que le suplicaran en su nombre que no se apartara de las órdenes del médico y no pensara siquiera en asistir al baile si aquel se lo prohibía, no cuidó de prohibírselo ella, como hubiera hecho al saber el verdadero estado del herido. Contestó, pues, en los más cariñosos términos á la carta que de Enrique recibiera, y seguidamente hizo anunciar á su tío, al que encontró sólo, tumbado en una butaca y fumando con la mayor tranquilidad.

—Espero que mi señor tío dispensará mi inoportuna visita, pues me precisa decirle algunas palabras, dijo despues de aceptar el asiento que aquel la indicara.

—Sabes que siempre estoy á tu disposicion, contestó éste con toda la galantería de que era capaz.

—Mejor que yo estará usted enterado

del lance que con la mayor imprudencia y fuera de todo sentido ha promovido su hijo de usted, mi señor primo, á quien hasta ahora he considerado como tal, y desde este momento debo mirar como mi mayor enemigo.

—Adriana, ten en consideracion que los hombres se encuentran á veces en situaciones tan especiales, que les es fuerza hacer lo que jamas pensarán, y aun lo que no quisieran; tú sabes que Luis te amaba.

—Dispénsame usted, tío, no quisiera entrar en terreno tan resbaladizo. . . lo que él queria era sacrificar un hombre muy superior á él, junto con la felicidad de toda mi vida, pues en este hombre la cifro, á su mal entendida vanidad, á su necio orgullo; mas en vez de esto, solo ha conseguido ponerse en el colmo del ridículo, si bien á costa de la sangre del mejor de los hombres.

—¡Bah, bah, bah! . . . las frases de cajón . . .

Miró la duquesa á su tío de un modo singular, y continuó.

—Abreviemos todo lo posible; hoy, al par del de Lola, debe anunciarse mi enlace...

—Mas como, segun tengo entendido, mi Luis ha imposibilitado de asistir al baile á tu célebre futuro, interrumpió el baron con irritante moña, no podrá anunciarse mas que el de mi hija.

—No veo la razon, prosiguió Adriana llamando en su auxilio toda su sangre fria. Oreo que puede usted participar mi boda, puesto que es usted quien debe hacerlo, asista ó no Velasco al baile; á no ser que quiera usted obligarme á que la participe yo, pues no admite demora el breve término que á su realizacion he señalado.

—¿Será cosa de consumarse en cuanto ese caballero esté sano de su herida?

—Tal vez sea cosa de no esperar tanto.

—¡Oh!... ¡oh!... ¿quieres anticiparte á tu prima?

—Mi prima puede esperar tranquila el

día que sus señores padres dispongan, pues está libre de temores; á mí me asaltan cada momento de nuevas tentativas contra mi felicidad, pues la codicia induce á muchas bajezas, y el medio de evitarlas es cortar de un solo golpe toda esperanza.

—¿Con que estás decidida á que se participe tu enlace aun cuando esté ausente tu futuro?

—Exactamente.

—Poco airoso será tu papel...

—Le acepto tal como sea.

Retiróse la duquesa á sus habitaciones, dejando á su tío murmurando por lo bajo:

—Si la señora baronesa hubiese estado presente á este coloquio, no tan amigablemente se acabara, pues que la sobrinilla ha estado algo dura en su lenguaje; mas yo, como hombre de experiencia, no entiendo nunca lo que no me conviene entender, y me va así perfectamente. Por otra parte, la duquesa es dueña absoluta de su voluntad, que por cierto la tiene muy firme, y querer quebrantarla, es intentar fun-

dir la roca. Cásese bendita de Dios, que, á pesar de no tener el talento de mi esposa, siempre me temí que no atraparíamos los millones. Es preciso que mi heredero se dedique á otra millonaria ménos sentimental.

Llegó al fin la hora del baile, y los lujosos salones, espléndidamente iluminados, viéronse poco á poco invadidos por lo más selecto de la corte de España, pues las virtudes y los millones de la duquesa de Clarendon la habian elevado tanto en la opinion pública, que por las primeras vueltas, y por los segundos otros, todos deseaban captarse la simpatía, ó cruzar cuando ménos algunas amistosas palabras con aquella mujer extraordinaria, y como se suponía que iba á enlazarse con el baroncito, pues desde la llegada de aquella á España no cesaba éste de participarle á quien quería oírlo, de aquí que no ménos deferencia mostraran á los barones las mismas personas que ántes se contentaban con saludarles friamente.

La baronesa, á quien la fuerte excitación de sus alterados nervios habia robado el color á sus mejillas, vestida de terciopelo color de fuego, recargado de blondas y plumas, y ricamente aderezada con perlas y brillantes, procurando encerrar en su pecho toda la indignación que abrigaba, recibía con estudiada amabilidad á los personajes que iban llegando, si bien lo desencajado de sus facciones y temblor de su fría mano ponían de manifiesto su secreta agitación.

No tardaron aquellos salones en ofrecer un mágico cuadro, reproducido por los grandes espejos que adornaban sus paredes, en el cual no se sabia qué admirar más, si la hermosura, la riqueza ó el gusto. Disputábanse su asiento en el atavío de las damas las perlas, flores y diamantes, matizando blancas nubess de blonda entremezcladas con el raso y el oro, entronizándose las más ricas joyas en las desnudas gargantas y graciosas cabezas de las bellas, que en alegre torbellino hormiguea-

ban por los salones, desplegando con la mayor coquetería sus arrebatadoras gracias. Entre tal conjunto de belleza destacaban los grupos de caballeros, en los cuales era de notar la variedad de uniformes, de órdenes y condecoraciones, que desde el joven al anciano ornaban casi todos los pechos, viéndose en tan distinguida concurrencia representada toda la aristocracia española. No tardaron en unirse á ella las dos hijas de los barones del Monte; radiante, provocativa Aurora, vestida con inusitado lujo; graciosa, sonriente Lola, envuelta en una niebla de gasa con prendidos de flores naturales, cuya sencillez, entre tanta riqueza, destacaba agradablemente como el lirio entre centenares de luces. Era la hermosa nereida saliendo de la espuma de las aguas y sonriendo al volver la vista hácia los tesoros del mar. Recibiónla las mujeres con sorpresa, y con admiración los hombres, no pudiendo ménos de exclamar:

— ¡Oh... qué linda está!

Acto continuo apareció Adriana de Wolsey vistiendo un elegante traje de crespon blanco con prendidos de perlas negras, sujetando los abundantes rizos que, blondos y desordenados caían de su hermosa cabeza, una fresca y sencilla camelia. Agrupáronse las señoras á su paso, prodigándole la mil ternezas y cumplidos, no todos verdaderos ni bien intencionados, pues hay entre el bello sexo una parte, y no escasa, que no perdona jamás que otra mujer valga más que ella, y no pudiendo volverse contra el Criador, desahoga su saña contra la criatura. Una mujer, realmente superior á las demas, no descende á poner en relieve los defectos de su sexo; cuando oigais que una procura ridiculizar á otra, creed la primera inferior á la segunda.

Cariñosa y amable la duquesa, correspondió con exquisita delicadeza á tan vivas demostraciones de afecto, contestando con no ménos afabilidad á las afectuosas y atentas frases que la dirigian los caballeros. Luego tomó asiento al lado de la dis-

oreta marquesa de Alcaráz, sin d'gnarse mirar al baroncito, que no léjos de ella sostenia animado coloquio con la coquetuela sobrina de la condesa de Silvia. Ménos motivo necesitaban las perfumadas parejas entregadas ya á la embriaguez del wals para forjar mil punzantes epigramas, soltados á través del abanico ó entre las más candorosas sonrisas.

Haciendo de la fiesta caso omiso, seguia la duquesa conversando con su bella compañera y un anciano general, en cuyo pecho brillaba la cruz de San Fernando.

—¿No la tienta á usted esa música, duquesa? díjole el noble veterano sonriendo al mirar el vértigo con que rodaban las parejas.

—Luego, general: no comprendo la precipitacion mas que en obras provechosas.

En el momento de mayor animacion, y cuando el wals tocaba á su término, oyése confusamente la robusta voz del mayordomo, anunciando:

—El señor conde del Redil, el señor de Velasco.

Como por encanto paráronse los piés en la alfombra al oír estos dos nombres, que fueron repitiéndose por el salon, formando eco de grupo en grupo. Tiñéronse las mejillas de la duquesa de vivo carmin; púsose lívido el semblante de la del Monte, y el rubio Luis, cual si los vapores del wals le hubiesen trastornado la cabeza, rióse más y mejor con dos ó tres pollitas alegres y bulliciosas, felices al verse galanteadas por tan almibarado *dandy*.

Aparecieron al fin los dos personajes que tal conmocion habian causado, fijándose todas las miradas en el nuevo campeón que, precedido de tanta gloria, presentábase por vez primera dentro el palenque del gran mundo. Realmente Enrique de Velasco aparecia en medio de aquella bulliciosa y exaltada concurrencia como un sér fantástico, evocado para hacer olvidar la locura del baile, y absorberse el interes y la atencion general. Era su sem-

blante pálido y desmejado á efecto de la calentura que le devoraba; sus ojos negros y aterciopelados brillaban con todo el fuego de la pasión que alimentaba su alma, haciéndoles más interesantes el amoratado surco de que la fiebre les rodeara. Su frente tersa y despejada frunciase ligeramente, dando á su rostro cierto tinte de osadía, y revelando su conjunto un no sé qué de grande, de extraordinario, que obligaba á bajar la vista á las señoras y á inclinarse respetuosamente á los caballeros para exclamar:

—¡Salud al genio!...

Elegantemente vestido de rigurosa etiqueta lucía en su pecho la gran cruz de Carlos III, y pendía de su cuello un pañuelo de seda negra, con el que sostenía su brazo herido. ¿Podía presentarse más bella é interesante figura para precipitar los latidos de todos aquellos corazones que bullían bajo el raso y la blonda? La mirada que los ojos femeninos lanzaron al baroncito al desviarlos de Velasco, eran pa-

ra éste el triunfo más ruidoso, y para aquel el más execrable anatema. Poco envidioso Enrique del afecto que su presencia causaba, saludó con fría ceremonia á los barones, y despues de hacer lo propio á la distinguida concurrencia, dirigióse resueltamente á do estaba la duquesa, que tendiéndole una mano, é indicándole un asiento á su lado, preguntóle con un viveza en que se trastucia toda la ansiedad de su alma:

—¿Y esa herida, Enrique?

—No me acuerdo de ella, Adriana, ahora que voy á cicatrizar la del corazón.

—Pero todo se hubiera llevado á cabo, aunque usted hubiese pensado más en sí mismo.....

—Mas no á mi gusto, señora, pues mi presencia aquí esta noche es de gran efecto. ¿Qué valen algunos dias de calentura que me puede costar?

—¡Oh, Dios mió! Y lo dice usted con esa sangre fría?...

—Sí, Adriana; este momento compensa todo lo que luego pueda sufrir.

Claváronse tiernamente en su pálido semblante los ojos de la duquesa, diciendo con ellos lo que callaban sus labios, por no aguzar la curiosidad de los muchos espectadores que les rodeaban, que no hay para qué decir los comentarios que se permitían sobre la especie de intimidad que echaban de ver entre la duquesa de Clarendon y el celebrado ingenio á la vista misma del baroncito, que procuraba desviarla de ellos lo que podía, haciendo exclamar á alguna de las señoras entre la más significativa sonrisa:

—El baroncito promete ser un gran marido.....

Las murmuraciones y cuchicheos ya se propalaban por el salón, cuando fué anunciado el enlace de Adriana de Wolsey, duquesa de Clarendon, con el excelentísimo señor don Enrique de Velasco.

No hubiera hecho más efecto un terremoto que aquella inesperada nueva.

—¿Cómo, decían entre sí los caballeros, se había manejado aquel hombre, oscuro hasta entónces, para alcanzar la mano de la millonaria duquesa, á la que habían presentado sus pretensiones los más arrogantes y encopetados personajes de la corte sin alcanzar de ella una sonrisa de esperanza? ¿Cómo había derrotado al baroncito que tan por suya tenía la victoria? ¿Cómo, cuándo, dónde se habían visto, si aquel día se presentaba por vez primera en sociedad? ¿Qué misterio era aquel? ¿Qué circunstancias rodeaban á aquel hombre? ¿Su talento? ¿En qué lo aprecian las mujeres? ¿Sería solamente un capricho? ... La duquesa no era caprichosa... ¡pero era excéntrica!

Decían las señoras:

—¿Cómo Adriana de Wolsey, casi extranjera en su país, se ha permitido arrebatarnos una de nuestras glorias? ¿Cómo tanta excentricidad y extravagancia han podido cautivar la fogosa y soñadora alma del gran poeta? ¿Cómo tan presto se dejó

cojer en sus redes? ¿Por qué, ahora que podía abrir su corazón á todos los placeres del amor, quiso presentarse en el gran mundo anunciándose marido y no pretendiente?

Mil preguntas de este genero dirigíase cada una á sí misma, contestándolas unánimes con estas palabras:

— ¡Los millones le han cegado!...

En tropel acudieron damas y caballeros á felicitar á los desposados, dándoles mil parabienes (que son fáciles donativos) y deseándoles con los labios toda clase de felicidades...

Tampoco faltó quien se acercara al baroncito para darle el pésame si era menester; mas recibióle éste con la más desconcertadora sonrisa, diciéndoles:

— Es preciso que mi esposa se amolde á mis costumbres, no yo á las suyas; esto solo puede hacerlo quien lo hace.

No faltaron risas y epigramas en derredor de Luis, que aquella noche parecía más alegre de lo que estuviera en su vida,

y tan rendido con cuantas le prestaban atención, que le cayera que hacer al niño vendado si acudir quería siempre que él le invocaba.

Después de participar la boda de Lola de Peñarrosa con el conde del Redil, y agotados los agasajos y parabienes, bailáronse unos imperiales, en los cuales por vez primera se enlazaron los brazos de Adriana y Enrique.

Terminados aquellos, y á ruegos de la duquesa, que veía sufrir á su amado, retiróse éste entre los saludos y repetidas felicitaciones de la perfumada concurrencia, acompañándole hasta la puerta el baron y hasta su casa el conde del Redil, en cuyo brazo se apoyaba.

— Ha hecho usted efecto, díjole aquel.

— Hemos salido del paso, conde; era mi único anhelo: ahora podré esperar tranquilo el breve plazo que falta para mi completa felicidad.

En el último tramo de la escalera cruzá-

ronse con un hombre que, aunque muy tapado, conoció en él Enrique al inglés que tan extrañamente se le apareció en el café para abrirle el camino de la gloria y la fortuna. Extrañóle verle en aquel sitio, y encarándose con él le dijo:

—Caballero, aunque usted parece no querer conocerme, de mi imaginación no puede despintarse su figura.

—¡Oh, señor de Velasco! Yo me honro en ser siempre el mismo servidor de usted, dijo el inglés algo desconcertado.

—Dispénseme usted si soy importuno, insistió Enrique para descubrir alguna luz sobre una idea que á la vista del inglés asaltó su mente. ¿Está usted invitado á la fiesta?

—¡Oh, no señor! Mas me precisa ver ahora mismo á mi amigo James Keley....

—¿El?....

—El....

—¿El administrador de la duquesa?

—Sí.... señor de Velasco.

—¡Ah.... ya! Gracias, caballero, dijo el joven apretando convulsivamente la mano del inglés. Y mientras éste con paso precipitado tomaba la escalera, continuó: Todo lo comprendo ahora!

—¿Qué sucede? preguntó el del Redil.

—Es poco todo mi corazón para amar á Adriana; no es digno de ella ningún misero mortal.

—Pero....

—Despacio hablaremos conde, que no podría ahora, aunque quisiera. ¡Oh, ella, sólo ella podía hacer lo que ha hecho!... ¡Cómo pagarla lo que le debo!

Acompañó el conde al entusiasmado enfermo hasta dejarle bajo el cuidado de su madre, y de vuelta á los salones, de donde momentos ántes se ausentara, halló á Adriana que, afable y delicadamente, se despedía de la concurrencia, retirándose á sus habitaciones.

Presentó el del Redil el brazo á su joven desposada, invitándola para la polka que

preludiaban, cuyos ojos cambiaron una mirada, solo comprensible para ellos, diciendo el conde:

—Nunca ha brillado más una belleza que la tuya esta noche.

—¿Por qué?

—En todas cuantas te rodean brillan las joyas; en tí, solo la hermosura.

—¡Adulador!...

—¿Por qué no te has presentado con iguales galas que tu hermana Aurora?

—¿Te gusto así ménos?

—Lo que te he dicho antes, te lo prueba.

—Pues si así te gusto, no deseo más.

—¿Y no quieres contestar á mi pregunta?

Buborizóse Lola y bajó los ojos sonriendo.

—¿Es que el estado de tu erario no lo permitia? dijo el conde sonriendo tambien.

—¡Oh!... no.

—¿Pues...?'

—¿Por qué ese empeño, Cárlos?

—Porque quiero desde hoy ser dueño de todos tus pensamientos. ¿Por qué mi Lola se ha presentado en el baile con tan modesto atavío?

—Porque en tanto que yo bailo, apaguen su hambre algunos hambrientos.

Estrechóla el conde contra su corazon exclamando ebrio de felicidad:

—¿Bendita, mil veces, bendita seas!